



ESTEBAN ECHEVERRIA

NYDIA LAMARQUE

La niñez de Echeverría

Este artículo es el capítulo I de un libro en preparación titulado "Vida de Esteban Echeverría", y lleva en el volumen el título de "Los quietos horas".

SOBRE la margen derecha del Río de la Plata, Buenos Aires alza los rascacielos de sus diagonales, y tiende cotidianamente sobre el horizonte, como un arco iris nocturno, el reflejo de sus millones de luces —de sus millones de vidas—. Su fisonomía es la fisonomía vertiginosa y cruel de una gran metrópoli. En el centro comercial de la ciudad, los bancos imponentes, las tiendas enormes, los lujosos teatros, las escuelas magníficas, los palacios de la administración, los diarios gigantes, los radios poderosas, los hoteles monumentales, las casas de placer y las casas de dolor, tragan y arrojan con ritmo de calentura y de arrebato las apresuradas multitudes. Allí automóviles y ómnibus abarrotan y aturden las anchas avenidas, las calles rectas, las plazas pulcras. Alrededor del centro pero alejados de su aturdidora zarabanda, están los elegantes barrios de los ricos, palacios y jardines. Más lejos todavía, ocupando área inmensa con sus innúmeros matices, las casas sin expresión de los medianos, que a medida que corren hacia las afueras se convierten en barrios obreros. Entonces la fábrica es el núcleo en torno del cual, a lo largo de interminables calzadas, crece una generación de achaparradas viviendas en las que los hombres se amontonan, faltos de espacio y de luz; y más lejos todavía, en los límites extremos, donde ya la ciudad se desmenuza, las cuevas que apenas merecen el nombre de morada, el desamparado cinturón de la miseria.

Fuera de duda: Buenos Aires es una gran metrópoli. Tiene aeródromos, hipódromos, laboratorios, bibliotecas, parques, hospitales, iglesias, monumentos, cárceles, cuarteles, pros-

tíbulos, balnearios, museos, conventillos, usinas, cementerios. De sus estaciones grandiosas parten trenes a todas horas y en todas direcciones; los subterráneos la cruzan de norte a sur y de este a oeste; a su puerto atracan cada día vapores de todas las banderas que trafican con cuanto es traficable y hasta con aquello que no lo es, o que —al menos— no debiera de serlo. Los más pequeños acontecimientos de cualquier parte repercuten en ella como en una caja sonora: es la ciudad mejor informada de la tierra. La visitan los artistas más célebres, los jefes de Estado más poderosos, los sabios más profundos, los capitalistas más temibles. Todos los refinamientos de la civilización le permiten considerarse igual a las más famosas capitales. Comparadas con ella, Madrid es pequeña, y París sucia. Pero Buenos Aires carece de alma. Su grandeza ha crecido monstruosamente en el término de cincuenta años; una vida humana, una sola generación humana. El oro que la hizo crecer ahorcó como amarillo cordel su alma primitiva, y el alma nueva que dará algún día expresión y personalidad a sus mudos edificios, no ha tenido todavía tiempo de nacer. Por eso Buenos Aires —gran metrópoli— es una ciudad sin alma.

Hace poco más de cien años, a comienzos del siglo XIX, Buenos Aires era una mísera aldea dueña de una gran alma. En esa aldea sin más voz que el eco musical de los campanarios, nació el 2 de septiembre de 1805, José Esteban Antonino Echeverría. Son años en los que la historia trepida, como locomotora lanzada a toda marcha. Napoleón recorre la Europa semejante a una fuerza elemental deseneadenada, y tras de su paso ruedan las coronas, germinan las constituciones, se desploman con estrépito las viejas murallas feudales. El siglo recién nacido avanza entre un inusitado esplendor, como si lo iluminaran desde el pasado inmediato las grandes antorchas de la Revolución Francesa, y la cadencia de su paso fuera medida por el redoble de los tambores imperiales. La industria se desarrolla, el comercio se multiplica, agi-

gántase el crédito. Una nueva clase social se incubaba rápidamente en las cuadras sórdidas de fábricas y talleres. La revolución industrial conmueve a Inglaterra desde 1760. Y los "Derechos del Hombre", apenas promulgados, ya no bastan. Hierve el pensamiento en los cerebros como el vino en los lagares; comienzan a pronunciarse las primeras palabras, balbuceantes, acerca de un nuevo orden para la sociedad. Un oscuro empleado de comercio, Charles Fourier, de Lyon, trabaja en un libro al que ha titulado "Teoría de los Cuatro Movimientos", donde anuncia, en tono mesiánico, "el pasaje súbito de la incoherencia a la combinación social". Hace quince años que el genio de Goethe, enmendando la plana a Juan el Evangelista, ha proclamado que "En el principio, era la Acción"; y hace quince años que el mundo se estremece cada día a la espera de nuevos prodigios.

Buenos Aires, perdida capital de un lejano virreinato español, siente de rechazo, como toda América, el golpe de tan épicas agitaciones. ¡Pero el eco del mundo tiene que salvar tantos obstáculos para alcanzarla! Desde que se afirmó como puerto y lugar de entrada y salida de productos, la inflexible política de la monarquía española, la ha tenido cerrada a todo comercio que no fuera el de la metrópoli. Sólo barcos de bandera española pueden entrar en su temible río, de aguas turbias y apariencia de mar. Ni los grandes ministros de Carlos III, tan liberales, quebraron esa vieja norma de política colonial. El país se sometió, contrabandeando, naturalmente, cuanto podía. Sólo aquel gran Hernandarias, el primer criollo que ocupó cargo de gobierno en el Río de la Plata, había tenido la audacia de significar al rey Felipe III cómo la ausencia de comercio ahogaba a Buenos Aires y a todo el país que de ella necesitaba. Pero las medidas de la Casa de Contratación fueron insignificantes y casi inocuas. La situación se mantuvo. El privilegio de control otorgado al "Consulado Comercial" de Cádiz y a sus agentes, ponía en manos de un reducidísimo grupo de comerciantes españoles

de Buenos Aires, —todos ellos desprovistos desde luego de innecesarios escrúpulos—, la importación y exportación de todo el virreinato. Y esa exportación representaba por cierto un valor muy real. En todo el interior, desde la más lejanas provincias, se preparaban por miles los fardos de mercaderías que las tropas de carretas debían conducir a través de salvajes soledades hasta el puerto remoto. Ponchos finos de vicuña, suelas y becerros de Salta y de Tucumán; vinos, aguardientes, pasas de uva, frutas secas de San Juan y Mendoza, la fértil región cuyana; frazadas, colchas, alfombras, ponchos, las manufacturas de lana de Córdoba; algodones y “lencerías” algunas admirables, restos de la extinguida industria quichua de la Rioja y Catamarca; becerros, cordobanes, badanas, pergaminos y tafiletos de Santiago del Estero, todas las primitivas industrias que florecían timidamente en las pequeñas ciudades y en los campos, iban a dejar el máximo de su rendimiento en los ávidos arcones de un puñado de comerciantes españoles, habilitados y corresponsales de Cádiz.

Y hasta entonces, Buenos Aires se había sometido. Pero en los tumultuosos comienzos del 1800, una sorda ebullición de emociones y de ideas conmueve, sin que aparentemente se lo note, a la pequeña villa colonial. Todos los americanos, los “hijos del país”, encuentran cada día más irritante y más inicuo que sólo los españoles tengan derecho al gobierno y que no se pueda comerciar siquiera con ingleses y portugueses. Poco tiempo más, y el rechazo de las invasiones inglesas va a dar a estos descontentos, la conciencia de su fuerza y de su poder. Sordamente, la temperatura de los ánimos se va haciendo febril. En este mismo año de 1805 en que nace Echeverría, llega de Chuquisaca y se instala en Buenos Aires un joven doctor en leyes, detrás de cuya frente hermética el subversivo Rousseau y todos los filósofos de la Enciclopedia han edificado ya un mundo distinto y hostil al asfixiante mundo que le rodea. ¡Cuántas aspiraciones tensas, cuántos altos propósitos todavía recogidos y ocultos, y como replega-

dos sobre sí mismos, palpitantes a la espera de su hora. hacen de la ciudad donde el recién nacido duerme su primer sueño un lugar de pasión y de expectativa! Y dentro del hogar, junto a su cuna, resolviéndose finalmente en él, se reproduce la antinomia que comenzaba ya a diseñarse en la calle. Su padre, don José Domingo Echeverría, era español, de Vizcaya; su madre, doña Martina Espinosa, era nacida en Buenos Aires, "porteña".

Como sus dos hermanos mayores, José María y María Eulalia, el niño fué bautizado en la parroquia de la Concepción, donde aún se conserva la partida, fechada el 3 de septiembre y firmada por el cura Juan Dámaso Fonseca (1). La casa de la familia debió estar situada por lo tanto, en ese barrio, aunque no ha sido posible hallar indicación o trazas de ella. En los años siguientes, 1807, 1808 y 1809, nacen los restantes hermanos, María del Carmen Petrona Martina, Dionisia Josefa de la Encarnación y José Félix. Nombres recargados pero, por el momento al menos, corazones ligeros. Esteban y sus hermanos se mueven en el iluminado mundo de la infancia. Entonces cada color satisface por sí mismo, y cada objeto encierra en su reducida dimensión un fantástico universo de ilimitadas posibilidades. Demasiado niño lo alcanzaron los grandes acontecimientos para que pudieran dejar

(1) Tengo en mi poder —gracias a la gentileza del Sr. Pascual Gaglianone que la obtuvo para facilitármela— la copia de la partida de bautismo de Echeverría, documento que hasta hoy no era conocido y cuya copia dice así: "El Pbro. Dn. Sebastián L. Monteverde, Cura R. de la Parroquia de la Concepción, certifica que en el libro No. 6 de bautismo Fol. No. 59 se registra la partida siguiente: "En la Iga. Parrogl. de la Concepción de N. S. de esta Ciudad de Buenos Aires, a tres de Septiembre de mil ochocientos cinco yo el infrascrito Cura bautizo solemnemente a JOSE ESTEBAN ANTONINO, qe. nació ayer, hijo legítimo de JOSE DOMINGO ECHEVERRIA natural de Viscaya, y de MARTINA ESPINOSA natural de esta Ciudad, y feligreses de esta Parroqa. Fué la madrina Da. María Eusebia González, a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones, qe. contrahía y por verdad lo firmé. — Juan Dámaso Fonseca". Concuerda con su original y a petición de parte interesada expido esta copia en Buenos Aires a doce de Marzo de mil novecientos treinta y siete". Firmado: Sebastián L. Monteverde.

impresión alguna en él. Pero aunque el pequeño Esteban no tenga todavía ojos para verlos, los trascendentales sucesos se precipitan unos tras de los otros, sin tregua. Se crea en torno del infante la áspera realidad que ya hombre él ha de vivir; que él tratará de interpretar y de ordenar. Y esta realidad se crea con precipitación, con entusiasmo, con júbilo, con esa característica ansiedad de las épocas revolucionarias en las que parece siempre que faltara tiempo para edificar la historia. Cada día trae entonces su maravilla, su hazaña, su combate, su peripecia. La pequeña ciudad colonial, a trasmano de la civilización, ha comenzado a caminar al mismo paso del mundo.

1806 y 1807, —las dos invasiones—, señalan el brusco despertar, la canalización de las latentes energías. Al estu-
por del primer momento, durante el cual los habitantes de Buenos Aires reunidos en la Plaza Mayor miran con lágrimas en los ojos a los ingleses de Sir Carr Beresford y del Comodoro Pophan entrar como dueños en el vestusto Fuerte, sucede un espasmo de ira y de irresistible decisión. La ciudad se levanta, feroz y guerrera, para defender el suelo, el río, su derecho de llamarse española. O acaso —aunque esto se sienta aun en forma confusa— su derecho de llamarse alguna otra cosa que suene con mayor dulzura en los oídos acostumbrados a la suave cadencia que el idioma materno adquiere en los labios de los nacidos en la tierra. ¡Qué furor el de estos combatientes hasta ayer tan pacíficos! La primera invasión es rechazada con inaudito heroísmo, dada la desproporción de fuerzas. Durante la segunda se emplean todas las armas, desde las más modernas que manejan las milicias rápidamente organizadas, hasta el agua y el aceite hirviendo que los habitantes dejan caer sobre los invasores, como en los ataques de la Edad Media, cuando se asaltaban los castillos almenados y las murallas protectoras de las ciudadelas. Pero en este combate no hay más almenas ni murallas que las pobres casa de adobe, de techos bajos, en cuyas azoteas se apos-

tan las mujeres y los niños poseídos ellos también de inexorable saña. Cada ventana era una aspillera donde se emboscaba la muerte. Los niños pequeños, de ocho y diez años, luchaban como hombres aguerridos, y ante la estupefacción de los invasores, servían las piezas de artillería y desafiaban el peligro. No hubo hombre ni mujer, viejo ni criatura, que no combatiera por el rescate de la villa. En el parte del coronel Pedro Andrés García, pasado después de la victoria, hay esta frase: "Los heridos imposibilitados y arrastrándose por las calles y azoteas, ocultaban unos sus heridas mortales y otros negaban su propia sangre esforzándose en decir que no era nada".

¿Qué tesoro defendían con tamaña pasión estos pobres súbditos coloniales de la corona de España? Al día siguiente de la victoria el poeta Lavardén se ocupaba en escribir un himno en honor del triunfo, cuando llegan a sus manos algunas páginas de otro poema que con la misma intención está componiendo un muchacho practicante del estudio del fiscal Villota, llamado Vicente López y Planes. Lavardén lo encuentra tan superior al suyo, que no vacila en romper su propia obra. El que queda también es malo, si lo juzgamos con criterio literario; pero lo que tienen de notable esas estrofas celebrando la victoria de Buenos Aires sobre los ingleses, ese poema del principiante López y Planes, que tanto ha gustado a Lavardén, es que no se titula como pudiera esperarse "Triunfo Español", sino "Triunfo Argentino". La plata del Río, llueve latinamente sobre los habitantes de la ciudad.

Esto no era, estrictamente, novedoso; venía de lejos, desde Barco Centenera y Díaz de Guzmán; pero nunca había tenido el significado de nacionalidad con que clara y subversivamente aparecía en el himno de la victoria. ¡Triunfo argentino, por cierto! El virrey Sobremonte huyó con increíble cobardía al anuncio sólo de la primera invasión y más tarde repitió su fuga en Montevideo. Un francés, Liniers, asistido por un resuelto grupo de americanos —de "criollos"

como despectivamente los llamaban los españoles— había sido la cabeza visible del levantamiento y de la lucha. La exaltación del triunfo sacudía todos los corazones. Los ingleses prisioneros, ya inofensivos, echaban leña a la hoguera con el liberalismo de sus teorías, expuestas ante amables y emocionados contertulios, mientras circulaba el pesado mate de plata que la negra esclava cebaba con primor para obsequiar a los enemigos de ayer. También ellos, los esclavos, habían demostrado durante la refriega, que eran dignos de ser libres, peleando como buenos. Setenta fueron manumitidos, y el regimiento de Patricios dijo colectivamente en una alocución dirigida a los restantes: "...tened entendido que el no veros por ahora remunerados con igual premio, es el único tormento que angustia los corazones de los patricios". Fraternalización de arriba a abajo sí y no de igual a igual, pero de cualquier modo síntoma peligroso para el poder español y para el orden de cosas establecido.

Y más peligroso aún el hecho de que la ciudad, pasado ya el sacudón, no quiera recobrar su calma. El regimiento de Patricios, formado exclusivamente por hijos del país, el batallón de Pardos y Morenos, todas las demás milicias engendradas por la hazaña y realizadoras de la hazaña, lejos de disolverse se ejercitan, se disciplinan, se mejoran cada día. Quedan abandonados negocios y ocupaciones; las mujeres mismas sólo se interesan por asuntos militares; los niños juegan a los regimientos y a las batallas. En las calles los carros han sido reemplazados por cañones. A través de la experiencia de su proeza, la ciudad se había encontrado a sí misma: capaz de gobernarse, capaz de organizarse y defenderse; capaz de vivir sola, sin la tutela de hombres no nacidos en ella y que la abandonaban en la hora del peligro.

Desde ese momento en adelante, nada la detendrá. Los dos años que faltan hasta el Mayo legendario están henchidos, sobrecargados de episodios de lucha. ¡Extraños y turbadores horizontes, descubiertos de pronto más allá del tedio

inmóvil de la vida colonial! Una fiesta con rebatos y poemas, una borrachera de altos conceptos y de sentimientos generosos, el solemne momento en que la nacionalidad ya formada va a manifestarse reclamando sus derechos por la vía revolucionaria de la insurrección. Los jóvenes especialmente experimentan la apasionada expectativa y el encanto de los hechos trascendentales que se aproximaban. Y a su ferviente audacia responde en el interior, en las campañas, el espíritu insubordinado y agresivo de las masas campesinas. Los "gauchos", acostumbrados a la vida nómada, salvaje, libre, de las llanuras, están prontos a hacer armas contra el Rey, contra ese lejano Rey de quien apenas tienen noticia, de igual modo que más adelante estarán también dispuestos a hacer armas contra la cercana ciudad, cuando Buenos Aires, dominada por los elementos conservadores, quiera imponerles un régimen político que ellos en su confusa pero certera noción, no quieren aceptar. Por el momento todos están de acuerdo. En julio de 1806, un viajero que cruza el interior, anota espantado en su "Diario": "No cabe en los límites del atrevimiento la osadía de estos habitantes". En la ciudad, la osadía de los elementos "moderados", de los militares, de los empleados, de los clérigos, de los hombres maduros, es muy relativa; todos ellos preludian ya en la excesiva prudencia de sus palabras y actos, el núcleo en torno del cual se han de congregarse los sectores constitutivos de una clase dominante. Primero, sin embargo, hay que arriesgar el gran paso. A regañadientes los "pelucones", con entusiasmo los jóvenes, los reducidos sectores populares urbanos y las indómitas masas campesinas.

Hay que dar el gran paso. Los acontecimientos mismos imponen una decisión. España está sojuzgada por las armas napoleónicas. Ha caído también la Junta Central de Sevilla, último resto de gobierno regular y nacional en la Metrópoli. Los sesudos conspiradores de la jabonería de Vieytes y de la casa de Rodríguez Peña, comprenden que ha llegado el momento de que América rompa el grillete que la sujeta al ya

caduco imperio. Los conciliábulos más juveniles y bulliciosos del café de Mallico, tiemblan de impaciencia. Cada día hay riñas callejeras entre criollos y peninsulares. En el lenguaje popular así como en el de los revolucionarios, los españoles son ya los "godos". Y el 25 de Mayo de 1810, bajo la interminable llovizna de otoño, la multitud se agrupa en la Plaza Mayor, frente a los balcones del Cabildo. Desde hace varios días las componendas de los jefes se están estrellando contra esa colectiva voluntad que no admite arreglos. En la mañana del 21, los vocales del Cabildo, para entrar en él, han tenido que atravesar sus filas abiertas a duras penas, entre gritos ensordecedores de "¡Cabildo abierto!". Ahora esa multitud golpea a puñetazos las puertas cerradas del Cabildo, delibera bajo las recobas, aclama "su" propia lista que le ha sido enviada por los principales jefes de la insurrección, y la impone a la atemorizada Asamblea.

La breve gestación había terminado: una nueva nacionalidad acababa de nacer en la fría mañana, sólo diez años más joven que el siglo. Desde ese momento en adelante era necesario que conquistara su derecho a la vida, que impusiera su existencia. El único camino posible se abría ante ella: el camino de la violencia y de la sangre. Pero eso estaba todavía en los días por venir. En este 25 de Mayo tan lluvioso y tan radiante, los criollos, los "patriotas", gozan alegremente de su primera victoria. Apenas se supo que el virrey Cisneros había abandonado el Fuerte, llegó hasta los cuarteles el eco de las salvas de fusilería con que la guardia de la fortaleza, al mando del coronel Terrada, festejaba el acontecimiento. A su vez contestaron los cuarteles de todos los regimientos, entre la armonía ensordecedora de las campanas, echadas a vuelo en todas las iglesias, y el estruendo de los cohetes de la India que subían con chispeante júbilo más arriba de las torres coloniales, hasta reflejarse en las agitadas aguas del Río.

Desde que comenzara el siglo, las lluvias se sucedían, torrenciales. Décadas hacía que los vecinos no recordaban di-

ludio semejante. Aquella noche la ciudad, con sus calles sin empedrado y sus malas aceras de ladrillo, era un lodazal. Una auténtica noche de fines de otoño en Buenos Aires, helada, azotada por el cortante viento del Plata. Pero toda la población estaba en la calle, y la pequeña villa resplandecía como un ascua. En la Plaza de la Victoria (desde el triunfo sobre los ingleses se había dado este nombre a la Plaza Mayor), y en las calles cercanas y más centrales, la de la Catedral, la de las Torres, la del Colegio, la del Cabildo, la del Empedrado, soldados y esclavos habían encendido enormes fogatas de leña que iluminaban fantásticamente fachadas y recobas. Y a la luz violenta de las llamas, porteñas y porteños, endomingados, comentaban acaloradamente los detalles de la gran jornada. Todos lucían el distintivo celeste, color del penacho del regimiento de Patricios, que desde el mediodía era la escarapela americana, el símbolo de los "patriotas", de los argentinos. Su joven libertad se les subía a la cabeza, como un vino fuerte hasta entonces nunca probado. Muchas voces temblaban, muchos ojos resplandecían con el vidrioso brillo de las lágrimas. De pronto las conversaciones quedaban cubiertas por alegre música de guitarras. Grupos bulliciosos de muchachos se adelantaban en carretas cantando décimas y coplas sobre el gran día y la heroica ciudad. Desde las ventanas iluminadas con candelabros y adornadas con brillantes colgaduras, damas y niñas sonreían, aplaudiendo. La multitud coreaba. Y entre ella los pardos y morenos, los esclavos, con esa generosidad entusiasta de los oprimidos, apenas vislumbran el menor rayo de liberación, cantaban también mientras cumplían sus quehaceres, puesto que para un esclavo no puede haber fiesta completa. Refiriéndose al día del juramento de la Junta, su secretario, el Dr. Mariano Moreno escribió poco después en su flamante "Gaceta": "... todo producía la ternura, la confianza, las esperanzas más seguras, y elevando las almas a los jóvenes arrancaba lágrimas a los viejos, para quienes dejó de ser terrible la muerte después de haber visto un día tan glorioso".

Bajo el velo de las risas y de las lágrimas, del embanderamiento, la música y los adornos, los partidos se diseñaban ya en el seno de la Junta, que vale tanto como decir en el seno de la nueva Nación. El sector de lo que podría llamarse la "burguesía" colonial, la porción de uniforme, de feudo, de mostrador y de sotana, los elementos de "orden", con el reservado y vanidoso Saavedra como cabeza visible; y el sector auténticamente revolucionario, guiado por el impetuoso y genial Moreno. Detrás de él están los jóvenes —universitarios o no— que constituyen su puñado de discípulos, el opaco y reducido artesanado en buena parte servil, los pequeños propietarios urbanos que cultivan por sí mismos su estrecho lote de tierra, y allá lejos, el formidable impulso de las masas gauchas alzadas, con su hervidero de instintos peligrosos para la causa del "orden". Esta corriente, por su lenguaje y por sus hechos, parece estar dispuesta a seguir hasta en sus más extremas consecuencias los turbulentos choques, las agudas contradicciones que la revolución, apenas iniciada, ha puesto aceleradamente en movimiento. Pero Moreno muere —o lo matan— apenas nueve meses después del 25 de Mayo, cuando sólo ha tenido tiempo de salvar a la Revolución en sus primeros peligros pero no de concretar, definir ni asegurar su propia acción. Privada así del único jefe con la estatura necesaria para dirigirla —a la vez teórico realista y férreo en la acción—; hostilizada también por las circunstancias que no condicionaban ni podían condicionar aún, campo propicio para tal lucha, la corriente revolucionaria surgida en Mayo se anula en parte; en parte se desperdiga, mutila y deforma; en parte —inculta y bárbara— se deja engañar por los brutales caudillos que no la sobrepasan en mentalidad pero sí en astucia semi-inconsciente, y durante muchos años se manifiesta sólo como amorfo fermento que anarquiza y convulsiona al país en pleno caos político.

La mano destinada a tomar y alzar otra vez la bandera

de Mariano Moreno, no tendrá la fiera energía de la del gran desaparecido; será la mano de un poeta; y entonces, en esos años turbios que habían sucedido a 1810, era sólo la mano de un niño. Aquel niño crecía silenciosamente en su modesto hogar, donde, según lo que puede presumirse, nada faltaba, pero no sobraba tampoco nada. Bien pronto había muerto el padre; el cariño de la madre distinguía entre todos los hermanos, con especial predilección, al pequeño Esteban, circunstancias ambas que explican muy fácilmente algunos aspectos posteriores de su adolescencia. El niño alto, delgado y algo frágil quizá, tan hermoso con sus apretados rizos negros y sus ojos ardientes, aprovechaba aquel amor que no se decidía nunca a la reprensión, para hacer su voluntad en todo y pasar buena parte del tiempo en la calle. La pequeña ciudad lo envolvía con su encanto penetrante, aliado a la grandeza facturna de sus horizontes sin límites: el Río y la llanura. Y también con el eco petulante de sus hazañas, con la tristeza de los hogares mutilados donde faltaban aquellos que habían ido a pelear por la libertad, hasta con sus sobresaltos y sus terrores. En 1816, oyó decir sin duda que en el Tucumán se había proclamado la independencia de la Patria, y vió cómo los mayores se congratulaban y felicitaban porque a pesar de la mala época que se vivía en la guerra contra España ya podían decir con orgullo que eran hombres libres. Estas dos palabras —hombres libres— produjeron siempre en él, a juzgar por su obra y su acción, un choque especial de intraducible goce. Y las recordará toda su vida.

¡Con qué silencioso júbilo se lanzaría Esteban, ya precozmente meditativo, por las calles estrechas, desiertas, recogidas! Sólo una que otra negra pasaba con gran revuelo de faldas llevando a alguna casa cercana el postre casero, obsequio de su "amita" para los amigos. Acaso también el agudo pregón del aguatero rompía por un momento la quietud lugareña. En las ventanas, detrás de las rejjas voladas, las muchachas porteñas cosían o bordaban charlando de sus amo-

res, o de las batallas del Alto Perú, o de las amenazas y desórdenes de los montoneros. Al divisar al niño, le sonreirían con sus labios alegres y sus pardos ojos melancólicos, y lo llamarían quizás para hacerle una caricia o regalarle cualquier confitura hecha por las monjas. Los grandes zaguanes estaban abiertos, y desde el interior, desde los patios embaldosados y las huertas, bajaba hasta la calle en espesas vaharadas el aroma de las diamelas y de los azahares. En el corazón prematuramente sensible, aquellas primeras impresiones no se borrarían jamás.

Otras veces Esteban se reuniría con los amigos de su edad para jugar a la pelota cerca de los anchos fosos del Fuerte. Desde hacía un siglo, la ciudadela guardaba a la villa de posibles asaltos de piratas ingleses o franceses. Bajo el gran arco central, el puente levadizo con sus pesadas cadenas aparecía medioeval y amenazante como los bastiones. En las tardes de comienzos de otoño, de cielos diáfanos, muy azules, las garitas de los centinelas se recortaban rígidas, con desafío guerrero. Se oía al Plata batir roncamente contra la muralla. Una oscura exaltación nacía de la vieja mole, que echaba su sombra agresiva, la proyección de sus arcaicos y ya vencidos símbolos sobre los grupos infantiles que jugaban en las toscas de la ribera. Lección de fuerza y de orgullo que no dejó sin duda de ejercer su influjo en el alma inquieta que día a día la contemplaba. Pero por encima de bastiones y garitas, por encima del puente levadizo, indiferente a la bélica intención de las murallas, el aire de la tarde de otoño brillaba inundado de sol, volaba transparente, luminoso, libre. Y más tarde, cuando el niño ya hombre haga el elogio de la fuerza, será el elogio "de la fuerza inteligente, defendiendo la causa del género humano, de la justicia y de la razón".

Espectáculos más animados ofrecían las calles algo alejadas de la Plaza de la Victoria. Allí se escuchaba casi continuamente el son quejumbroso de las guitarras, dentro de las "pulperías", rústicas tabernas tan numerosas en algunos barrios que no había menos de dos por cuadra. "Vidalas" me-

lancólicas y "cielitos" guerreros entonados por ricas voces varoniles acompañaban los quebrados acordes. Los gauchos dejaban sus "redomones" atados a los postes que limitaban la acera, en la mayoría de los casos inexistente. Y ya fueran las incidencias de una payada de contrapunto, ya una discusión política sobre si era necesaria o no una reconciliación con Artigas para detener los avances de los portugueses, ya por simple necesidad de poner de manifiesto el "coraje", se trababa el duelo a cuchillo en el que cada uno de los contendientes debía dejar bien sentada su hombría. La calle constituía el escenario obligado del desafío, y allí quedaba también el vencido desangrándose hasta que llegara el socorro. Era fácil acostumbrarse al brillo de las armas y al color de la sangre, en aquel ambiente de barbarie, de rudeza, de violencia primitiva. Sin embargo, por muy atrayentes que fueran los ponchos envueltos al brazo a manera de escudo, los duros rostros barbados, el brillo de las "nazarenas" de plata y los apasionantes incidentes de las peleas, un aspecto del paisaje en el que se desarrollaba su infancia debió atraer más que ningún otro a Esteban ya en los umbrales de la azorada adolescencia. Más allá de las catorce manzanas que sintetizaban la ciudad, dejando atrás aún la distante Plaza de Toros que también se llamaba Plaza del Retiro, cortadas de pantanos, malezas y lodazales se extendían las "Quintas". Durante el invierno era casi imposible llegar hasta ellas, pues el centro quedaba totalmente aislado de los suburbios por dos enormes zanjones a los que convertían en torrentes las tenaces lluvias. En uno de ellos, en el que desembocaba en el Plata cerca del Convento de las Catalinas, fué donde se refugió Samuel Achmuty, derrotado, en un amanecer de julio de 1807. Pero cuando la buena estación evaporaba la agua y endurecía nuevamente la tierra, se podían hacer largas excursiones aventurándose en el dédalo inextricable de senderos semi-cerrados por matorrales tupidos. Duraznos silvestres y achaparrados naranjos cubrían allí las baldías extensiones. Los torturados es-

pinillos se enlazaban a los cardos para formar impenetrables murallas.

El pequeño Esteban, buen caminador y ya aficionado sin duda a la soledad, cruzaría tranquilamente frente a los escasos grupos de ranchos y a sus sospechosos moradores. El camino era largo, y cuando el último cerco de tunas se perdía en las ligeras estribaciones del terreno, el sol se tendería ya oblicuo y enrojecido sobre la monótona inmensidad de la llanura. El niño miraría con encantado sosiego tan lejos cuanto podían alcanzar sus ojos. ¡La pampa, el verde horizonte sin límites, la salvaje soledad! Cobijados en sus pavorosas profundidades los restos de las razas vencidas alzaban en ellas sus tiendas y se lanzaban al asalto de las aterradas poblaciones, y de las lentísimas tropas de carretas. Volaban los indios más que corrían sobre sus potros indómitos, al viento los cabellos, la lanza en el puño, en medio de atronadores alaridos. Empapaba la sangre los pastos; las cautivas desmayadas, pálidas, eran arrastradas con violencia frenética. Y en torno a las escenas de muerte y de horror, la pampa, la pampa con su infinito encantamiento verde. Echeverría niño, ya casi adolescente, imaginaría episodios y figuras en el silencio sobrecogedor de la tarde. Hechizador, fascinante, mágico, el aéreo panorama engendrabá en el precoz visionario el afán de alguna altanera hazaña, un sueño, vago aún, de prodigiosa grandeza.

NYDIA LAMARQUE